

Recensiones

Herrero de Miguel, Víctor. *Carne escrita en la roca. La poética implícita del libro de Job*. Estella: ABE. Tesis 71, Verbo Divino, 2018, 576 pp. ISBN: 978-84-9073-458-2.

El libro del profesor Víctor Herrero de Miguel, *Carne escrita en la roca*, constituye el culmen de un trabajo de investigación para la consecución del grado de doctor, presentado en la Pontificia Universidad Comillas y defendido en marzo de 2017. A pesar de ser una de las primeras obras de cierta envergadura del autor se trata de un estudio audaz y maduro en el que confluyen y se integran de manera natural los saberes e intereses, la vasta cultura y sensibilidad literaria, así como las inquietudes intelectuales y personales tanto por la Escritura como por la poesía de dicho profesor.

La tesis tiene como objetivo revelar la poética implícita del libro de Job, partiendo de una concepción de poesía más en la línea de un «acontecimiento» que de un hecho literario reducido a métrica o a rima. Con esta finalidad, los epígrafes que encabezan cada capítulo van conduciendo al lector a través de una selección exquisita de textos y de autores hacia esa comprensión de la poética como una actividad que no se puede encorsetar ni limitar a «detectar formas, influencias y estructuras, sino de descubrir qué valor tuvieron, tienen y pueden tener para quienes las emplearon y para quienes la reciben» (p. 29). En palabras de Miguel Casado «la poesía consiste en crítica que el lenguaje se hace a sí mismo, disidencia de lo codificado, puerta para la posibilidad de cambio» (p. 39). O sería, tal vez, como «arañar el lenguaje» buscando las palabras adecuadas para expresar la interioridad de una experiencia inefable (p. 133). O como bellamente escribe Carlos Pujol, la poesía es parecida a la música «que se oye y no se ve, verdad del aire que solo aprisiona el oído» (p. 259).

Desde este horizonte, Víctor Herrero arranca su estudio centrándose en las palabras atribuidas a Job y, especialmente, concentradas en el ciclo de diálogos con los amigos cuya intervención se alterna con las de Elifaz, Sofar y Bildad (Job 4–27), pero también en aquellos dos monólogos que custodian este intenso diálogo, abriéndolo (Job 3) y cerrándolo (Job 28–31), y que culminan con el definitivo encuentro con Dios en el que Job de nuevo interviene brevemente (Job 40,4-5; 42,2-6). De este modo, el estudio se articula en dos grandes partes muy desiguales en extensión. En la primera se analizan dieciocho poemas del libro

de Job comprendidos en la sección Job 3–37, mientras la segunda parte analiza las dos breves intrusiones de Job incardinadas en los capítulos 38–42 en los que Dios, por fin, comparece mediante dos grandes diálogos.

El estudio es claramente sincrónico y el análisis de los poemas de la primera parte comparten una estructura fija: traducción y notas a dicha traducción, presentación del poema, ambiente estructural, desarrollo y teología poética. Dando estos pasos el autor pretende *aprisionar* esa *verdad del aire* que solo capta el oído o, como él mismo expresa, leer en la *carne escrita* de Job la interioridad de su experiencia: «para Whitman, la corporalidad es el canto donde lo más interior del hombre se expresa. También para Job, que hace de su piel mensaje. Contra-poniéndose esta verdad desnuda a las verdades teóricas, el poema se convierte en una ofrenda: todo cuanto acontece en él se hace interno y todo lo que se expresa se arraiga en la interioridad» (pp. 131-132).

Entre las cualidades de esta primera parte de *Carne escrita en la roca* cabe reseñar dos aspectos. El primero es el literario-filológico. El libro está muy bien escrito y su lectura resulta amena y agradable. El vastísimo vocabulario empleado y la propiedad del mismo muestra un gran dominio de la lengua. Pero también las metáforas creadas en el corpus de las explicaciones técnicas son ricas, intensas y están llenas de matices sugerentes. Es decir, no solo el autor busca el «yo poético de Job», sino que en cierto modo, él también lo despliega. Además, el profesor Herrero de Miguel capta excepcionalmente las sutilezas fonéticas, filológicas y textuales. De hecho, muestra una finísima sensibilidad literaria, una aguda intuición poética para penetrar el sentido profundo del texto, un vastísimo conocimiento de la poesía actual y una capacidad extraordinaria para relacionarlo con el libro de Job.

De especial mención en esta primera parte es también la traducción. La ingente cantidad de textos a tratar y, además, que estos sean de un libro complejo como el de Job convierte la hazaña en un esfuerzo ímprobo. No solo porque captar el sentido es ya una tarea compleja que requiere destreza y madurez filológica sino porque el autor desbroza pacientemente los diferentes aspectos literarios del texto con el objetivo de cincelar poéticamente su propia traducción, explorando todas las posibilidades del lenguaje y afinando con mucho acierto su trasvase al español para que produzca un impacto análogo como el que pudo tener en hebreo.

La traducción propuesta tiene en cuenta los ritmos y los sonidos, pero, además, es semánticamente fresca e intensa, de gran belleza y garra hermenéutica hasta el punto que, a mi juicio, ha conseguido mostrar que una buena traducción es ya teología y no solo filología. Como el mismo exegeta expresa: «para el poeta, el material de la experiencia no supone un conocimiento previo al cual, después, otorgar forma estética. No es un artesano que trabaje en dos espacios diferentes ni en dos estadios diversos: el poema es, al mismo tiempo, su taller y su obra» (p. 168). Se podría decir que tampoco en la obra *Carne escrita en la roca* hay dos espacios diferentes: el de la filología y el de la teología, sino que el poema y su misma traducción han sido *taller y obra*. Por este motivo, la disertación introduce

bien al lector en el drama de Job sin ningún otro medio que no sea el contacto directo con el tejido textual, habiendo entrado el mismo Víctor Herrero en lucha con el texto hebreo y no simplemente asumiendo los presupuestos de otros exegetas sino ofreciendo una toma de posición valiente y razonada.

La segunda cualidad de esta primera parte se cierne al ámbito metodológico-teológico. A mi juicio, el estudio es un ejemplo concreto o, quizás, la consecuencia hermenéutica de aceptar los presupuestos de *Dei Verbum*. Como es sabido esta Constitución entiende la revelación como auto-comunicación: Dios se da en lo que dice. Pero, además, el Concilio Vaticano II añade que Dios es autor pero que también los hagiógrafos bíblicos son *verdaderos autores* (DV 11). Pues bien, si este último aspecto se ha desarrollado más en exégesis subrayando los elementos literarios del texto y, con ello, la labor redaccional de los escritores bíblicos, en mi opinión, Víctor Herrero ha unido este ser «verdaderos autores» con la noción de auto-comunicación. Esto es, no solo Dios autor se da en lo que dice, también ellos como autores se entregan en el texto, dejan su carne en la palabra. De hecho, tras la noción de «yo poético», el profesor Herrero de Miguel ha horadado sobre este elemento no siempre fácil de cifrar: la carne de Job entregada en su voz. «A lo largo de nuestro estudio hemos podido constatar que la voz de Job es, al mismo tiempo, instrumento de expresión y materia de la misma: sus palabras lanzadas a la vida exploran los rincones de ésta, a la vez que se revelan como forma profunda de existir. Así, Job conecta indeleblemente expresión y experiencia, mostrando que la autenticidad de aquella se deriva de la veracidad de ésta» (p. 526).

No existiendo todavía un método exegético que colme dicho objetivo, alcanzar la meta no deja de ser un periplo que requiere madurez intelectual para asumir la responsabilidad de la propia palabra en sede académica. En mi opinión arriesgarse a trazar una metodología distinta es de gran valía, pues no solo denota coraje sino también el carácter polifacético de autor que maneja con destreza campos arduos y muy amplios como son los de la literatura, filología y teología. Pero posiblemente a juicio de otros autores podría también convertirse en uno de los puntos débiles de esta obra, junto a la segunda parte.

Aunque es comprensible la acotación de la disertación a las intervenciones de Job, no solo el lector se queda con ganas de ver traducido la integridad del libro sapiencial, sino que al ser discursos alternos no se percibe tanto la progresión del diálogo y su conexión con el contexto. Esta sensación se acentúa especialmente en la segunda parte pues la misma elección ha determinado que se tuviera que incluir el estudio de las breves frases de Job circunscritas dentro de una larga disertación divina (Job 40,4-5; 42,2-6). Este análisis no se antoja superfluo, ya que de este modo se ofrece un estudio completo del «yo de Job» en las distintas fases del proceso humano y espiritual que atraviesa. Ahora bien, siendo estas intervenciones mucho más reducidas y estando íntimamente relacionadas con el discurso divino no se percibe en esta parte la misma fuerza literaria de la traducción que en los anteriores poemas, ni tampoco se ha podido aplicar la misma

metodología. En este sentido, el lector percibe un salto argumentativo entre la primera y segunda parte.

No obstante, esta pequeña consideración, el estudio constituye una aportación relevante a este «grande» de la literatura mundial que es el libro de Job. La belleza y frescura de la traducción propuesta puede convertirse en un referente no solo de la traducción en sí misma, sino del modo de traducir para que la lectura de un texto bíblico se convierta en un acontecimiento y el lector puesto en contacto con la honestidad de esta experiencia sea arrastrado por la belleza de su verdad y por su fuerza teológica. MARTA GARCÍA FERNÁNDEZ

García Martínez, Francisco. *El Cristo siempre nuevo. La posición del contexto en la cristología*. Salamanca: Sígueme, 2019, 237 pp. ISBN: 978-84-301-2038-3.

Francisco García Martínez es profesor de cristología en la Universidad Pontificia de Salamanca. En este ensayo expone sus preocupaciones en torno a la situación y las tareas de la cristología, en diálogo empático con las aperturas y posibilidades que se le ofrecen desde la modernidad y la postmodernidad. Formula así su propósito: «nuestra intención no era la de ofrecer una “cristología en este contexto”, sino la de apuntar cómo este contexto da posibilidades concretas a la cristología» (p. 223).

El libro comienza con una “Obertura. ¿Dónde estamos?” (pp. 9-20), en la que presenta su diagnóstico inicial de la situación de la cristología. En su opinión, se da una fragmentación del discurso de la fe en desconexión con el discurso, también fragmentado, de la cultura. Desde aquí plantea su ensayo en tres capítulos como «tanteo» para hacer fluida la relación entre la reflexión de la fe y la cultura en que habitamos (pp. 18-19).

El primer capítulo se titula: “Provocación. Resistencia y sumisión al contexto” (pp. 21-62). La tesis principal, que se ilustra con erudición teológica y cultural, viene a decir que ha mutado el contexto cultural en que vivimos y, como consecuencia ineluctable, pareja a una sana comprensión del quehacer teológico, la teología y la cristología se han de elaborar en diálogo con el nuevo contexto cultural y las posibilidades que se abren para descubrir la revelación desde esa matriz cultural. Dos aspectos acompañan esta reflexión: la necesidad de una teología que sea fuerza evangelizadora, junto con la desconfianza en la manualística posterior al Vaticano II, que no habría conseguido incorporar la mutación del contexto. Así, la enseñanza quedaría lastrada por presentar una información verdadera, pero irrelevante por desconectada de la vida. Para superar esta lacra, la cristología se ha de abrir al «disponible cristológico» (p. 35): aquellos contenidos del conjunto de la cristología que el contexto está más predisposto a recibir. Este concepto central articulará el discurso del segundo capítulo, mostrando los elementos a privilegiar en la cristología, añadiendo, sin embargo, los elementos necesarios